Minificciones

The sun in september

Capítulo 1

Cerezas

«Había sido insufrible ver a ese idiota haciéndole el boca a boca», recordé años después en su funeral. Me había costado lo suyo dejar de quererla y, aun así, el recuerdo que dejó fue amargo y lleno de ironía.

Habíamos pasado gran parte de nuestra juventud viendo cómo anudaba rabos de cereza con la lengua frente a las puertas de cualquier discoteca, insinuándose, solo para convertir una atracción de feria en una costumbre.

Cuando me llamó su madre para pedirme que dijera unas palabras en su nombre no pude sino conmoverme y encender el coche. En el velatorio descubrí que habían tratado de reanimarla tras atragantarse con un tentempié en el gimnasio.

Capítulo 2

Sucursal

Se había llevado una calculadora y unos planos consigo, una brújula, un mechero y un saco de dormir al corazón del bosque. Regresó con dolor de cabeza y la urgencia de más cigarrillos.

Me dijo que se volvía, que no había acabado, que me quería y que lo esperara. Pero pasó una semana y lo fui a buscar. Un mes más tarde desistí del empeño: no estaba por ninguna parta.

Cuando lo encontré había perdido el norte y los planos que lo hicieron partir. En traje y con un cigarrillo en los labios, su viejo mechero iluminó aquellos ojos que lo habían querido, los que no supo reconocer.

Capítulo 3

Las horas se nos pasaban volando

Hablando todo el día con el loro del vecino fue cómo pasé el último año. Al anochecer, después de salir a correr, le hacía la cena a mi marido y me acostaba temprano para pensar en qué le diría al día siguiente.

Él me miraba con sus ojos vidriosos y yo no podía sino recordar que pronto se marcharía, que ya no volveríamos a hablar a través del balcón que nos conectaba.

La semana pasada me pidió un par de naranjas, y eso fue lo último que supe de él. Seguramente estará alegrándole las mañanas a alguien con su extraño acento.

Capítulo 4

Un nuevo vicio

—Lo hemos adoptado como un hijo más. Desde que vimos el eclosionar de las tortugas en Costa Rica no dejamos de andar en moto, persiguiéndonos, buscando nuevas playas —expliqué.

—¿Fue ahí cuando empezaron los problemas? —preguntó la doctora.

Mi mujer asintió desde el otro lado del sofá con una azucarada sonrisa en los labios. Mañana cruzaríamos la Riviera turca.

Capítulo 5

Luciérnaga

Después se extinguían silenciosamente, siendo el reflejo de la luna en el rocío del campo el único brillo antes del amanecer. Así lo recordaba y así seguía siendo.

De niño jugaba a atraparlas. Primero se las enseñé a mis padres, luego a las chicas del pueblo. Pero el cansancio nos llegaba a todos y los focos se apagaban.

El quedo rumor de la luna me acompañó hasta encontrarte. Pero hoy escuché el grito ante la amarilla multitud: ya sólo resta una urna, donde lo único que brilla es el recuerdo.

Capítulo 6

Al parpadear

Igual que el gato escapa de las sombras —para pronto volver a ellas—, uno más. No es un día, sino un instante: un soplo en el fluir de siempre.

Me paro y observo, después respiro. El sol me calienta media cara, unos geranios me alegran el alma. Los pies, las patas en la húmeda hierba, me imprimen una prisa ante la que nada puedo hacer.

Primero vino el cariño y el hambre, luego la ausencia y el cálido recuerdo. Ahora, la certeza de que todo es duelo: si hubo, habrá de nuevo. Y para eso no necesito más que moverme un poco, retozar quizás.

Capítulo 7

Mariposa nocturna

Por si la volvíamos a ver volar, accionó el interruptor repetidas veces durante casi un minuto. En su mirada el fulgor de lo indecible, la esperanza por lo imposible concentrada en una tontería.

—No son más que polvo, ¿puedes verlo? —y arrastró los dedos por los cristales de la enorme vitrina.

—¿Por qué tienes tantas?

—Y cada una con su historia. Corta, siempre muy corta.

—Sí.

—Como nuestros sueños —y volteó para mirarme. Sus ojos seguían brillando, iluminados por la ilusión—. ¿Te imaginas que escape en lo que tardo en cerrar la puerta?